

Sergio Chejfec
Baroni: un viaje

Candaya Narrativa 17
ISBN 978-84-937077-6-7
128 págs.; 19.5 x 14 cm
PVP 14 €

Sergio Chejfec es un nuevo punto de partida. Tuve que pensar mucho por qué me atrae de una manera tan fuerte. Chejfec escribe a partir del Kafka que Borges hace posible leer (Beatriz Sarlo).



LA OBRA: *BARONI: UN VIAJE*

Baroni es un personaje real. Baroni es un personaje de ficción. Esta novela demuestra que ambas fórmulas no se contradicen. E incluso más: que a partir de la convivencia entre ellas se edifica una forma de novedosa realidad. Relato asombrosamente autónomo respecto de lo que observa y a la vez estrechamente unido a las cosas que busca describir, Baroni un viaje es el desarrollo de una mirada oscilante, que va de la protagonista principal al país donde ella habita, de las incógnitas de la religiosidad popular a las no menos misteriosas condiciones de la creación artística en general.

El personaje real es la máxima artista popular venezolana, que vive en un pequeño pueblo de la precordillera. Allí se dedica a tallar figuras de madera casi siempre religiosas, a curar enfermos, a predecir desgracias, a realizar performances, a morir. Baroni se muere y resucita; actúa su muerte sometiéndose a ella. El personaje de ficción trasciende el contorno de cualquier descripción, porque es el ser definido pero borroso y multifacético que se transfigura como paisaje, como recuerdo, como experiencia múltiple y como comunidad.

Al igual que en cada libro de Sergio Chejfec, en Baroni un viaje el pensamiento representado ocupa un lugar central en el desarrollo de la escritura. Y una vez más, sus dudas y disquisiciones, unido a los seres limítrofes que elige exhibir, son la marca de un estilo muy personal.

EL AUTOR

Sergio Chejfec nació en Buenos Aires en 1956. Entre 1990 y 2005 vivió en Caracas y desde entonces reside en Nueva York.

Ha publicado las novelas: *Lenta biografía* (1990), *Moral* (1990), *El aire* (1992), *Cinco* (1996), *El llamado de la especie* (1997), *Los planetas* (1999), *Boca de lobo* (2000), *Los incompletos* (que contó con el apoyo de la beca Guggenheim, 2004), *Baroni: un viaje* (2007) Y *Mis dos mundos* (2009).



Es autor también de los libros de poemas: *Tres poemas y una merced* (2002) y *Gallos y huesos* (2003), y del libro de ensayos *El punto vacilante* (2005).

Sergio Chejfec es uno de los autores más sólidos y prestigiosos del nuevo canon de la literatura argentina. Su obra narrativa ha sido analizada y reivindicada por escritores y críticos tan prestigiosos como Beatriz Sarlo, Alberto Manguel o Alan Pauls.

LA CRÍTICA HA DICHO:

El último libro que he leído y que, por cierto, me ha interesado enormemente ha sido **Mis dos mundos** (Candaya, 2008) de **Sergio Chejfec**. En él se desarrolla la crónica de un paseante, de un caminador, en la línea de Walser, Magris o Sebald. Incorpora un sorprendente humor dentro de la densidad germánica de una historia casi inmóvil en la que cuenta básicamente la reflexión sobre el desconcierto general de un viajero extraviado, inteligente y con buena disposición (a todas luces inútil) para acoplarse en un mundo que no parece hecho para él. Un buenísimo escritor, no puedo contenerme. Se trata de un narrador que sin duda merecería un reconocimiento más amplio. **Enrique Vila-Matas** (Blog Hermano Cerdo, 9 de diciembre de 2008).

Chejfec (...) se convirtió en una moneda rara, excéntrica, una de esas monedas que parecen existir para contradecir la "función monetaria": para probar que hay cosas, al menos en la economía de la literatura, que no pueden intercambiarse con ninguna otra. Cosas -libros- únicos." **Alan Pauls** ("Elogio de la distancia", a propósito de la publicación de *Los planetas*).

"Una opción literaria experimental a la que algunas voces auguran un impacto similar al del Aira actual." **Raquel Garzón** (El País, Babelia).

"La línea de la exploración de la crisis agónica del lenguaje como representación de lo real externo y de lo subjetivo, que cuenta entre sus cultivadores a Sebald, Peter Handke o Coetzee, tiene posiblemente su mayor representante en nuestra lengua a Sergio Chejfec." **Jorge Carrión** (ABCD, 2008. A propósito de la publicación de *Baroni*).

El paso del tiempo y el paseo por una ciudad desconocida, aunque igual a todas en este mundo globalizado, son el punto de partida para esta novela fluctuante, libérrima, en la que cabe todo y que se construye como un sugestivo plano de pensamiento, que se va creando en la mente del lector al tiempo que el narrador avanza sobre la cuadrícula de una ciudad. Sergio Chejfec logra fundir las dos líneas ensayísticas más productivas de la modernidad: Baudelaire y Walter Benjamín, con su pensamiento construido desde la mirada de un hombre que piensa la ciudad a medida que la pasea. **Antonio Jiménez Morato** (Público, 29 de noviembre de 2008)

El lector se adentrará hipnotizado en el universo singular que crea Sergio Chejfec, un escritor que se escapa de lo manido y cuyo tono neutro y en sordina nos va atrapando lenta y poderosamente. Un relato subyugante que también funciona como un ensayo muy agudo sobre el arte de caminar, observar y escribir. **José Vidal Valicourt** (Bellver, suplemento cultural del Diario de Mallorca, 18 de diciembre de 2008).

ALGUNAS REFLEXIONES DE SERGIO CHEJFEC SOBRE SU ESCRITURA:

Mi obra es tentativa, va cambiando y derivando hacia cosas en las que antes no había pensado. No siento fidelidad hacia una estética en particular y mi formación fue un poco asistemática, es por eso que me parece que soy algo ecléctico. Sí creo en la idea del riesgo, lo llamo así por falta de una palabra mejor. No vale la pena escribir libros similares a otros, uno debe plantearse la creación como un desafío.

Siempre me ha interesado la literatura de los detalles, sólo que antes eran más indeterminados en su contexto. Creo que a veces mis libros proponen una especie de convivencia entre determinación e indeterminación, porque a mi entender en esa frontera es donde se produce la ficción, o por lo menos el tipo de ficción un poco abstracta y cavilante que me gusta ensayar.

No me interesa tanto cómo ocurren las cosas sino cómo se describen; y en la elaboración de esa descripción es donde encuentro la aventura narrativa que me atrae. Por eso mis textos son un poco reflexivos, con una leve inclinación a lo ensayístico. Sin embargo yo no opondría ensayismo y ficción. Creo que muchas veces contribuyen a establecer equilibrios variables. Hay una densidad que la ficción sola ya no puede crear, y viceversa. Me interesa intervenir en la frontera de ambos registros.

No me gustan las novelas convencionales, como tampoco las que se proponen ser correctas o sintonizar el momento, la moda, lo previsible...

No es cierto que la literatura deba ser simple porque es simple la realidad. La realidad nunca es simple, incluso si solo quisiéramos asignarle valores. Cuando más loca, enrevesada e incomprensible es una literatura, más honesta es con la realidad.

El idioma se demuestra más apto cuando puede decir lo máximo con lo menos. Me interesa hacer literatura con poco, porque esa escasez supone, efectivamente, una nueva posibilidad para el lector.

Idealmente, para mí el tiempo de la escritura debe coincidir con el de la acción. En la medida en que el relato es una explicitación del entendimiento y de la sensibilidad, el lector comparte el escenario con el narrador. El narrador se convierte en lector de sí mismo.

Un fragmento de *Baroni: un viaje*

Los arbustos más o menos repetidos, las flores iguales pero de distinto color y las piedras decoradas que demarcaban, a veces innecesariamente, el sendero, como digo me sumieron en una especie de sopor. No sé si habrá influido también la temperatura, en ese momento en los niveles máximos del día; en cualquier caso me sentí inmovilizado y absorto, detenido en el tiempo sin capacidad de reacción, apenas de razonamiento. Seguía avanzando al lado de Baroni, podía moverme, comprendía de sus palabras lo que la casualidad permitía, pero sentía que me había quedado en el mismo lugar varios metros atrás, cuando esta sensación de ausencia o de vacío, no sé cómo llamarla, se había manifestado. Y todavía más, se me ocurrió pensar que a pesar de mis apariencias de vida normal o anormal, similares a las de cualquier otra persona, yo en momento alguno había dejado de estar así, en situación de estupor silencioso, inmovilizado por las circunstancias y sin saber cómo actuar ni pensar, y por añadidura sin preocuparme demasiado por ello; lo concebía como parte de la naturaleza, pensaba que cada uno carga con la propia insensibilidad o dolor que lo encadena al piso, etc. Era incapaz de culpar a Baroni por mi estado, sabía que ni esa casa ni aquella región tenían ninguna responsabilidad. Aparte, estaba claro que si los mangos no habían logrado afectarme antes, ahora mucho menos lo podía hacer ese jardín silvestre. Lo mío venía de otro lado, era antiguo y profundo, o superficial y reciente, quién sabe. Veía que las veces cuando antes se había puesto de manifiesto no lo había advertido con esta intensidad; y después había dejado de manifestarse porque sencillamente toda mi persona ya estaba sujeta a su dominio, y me encontraba hundido en la más completa indiferencia. La célula de indiferencia con la que cada uno nace, similar a la célula de identidad que cada quien tiene, en mi caso había crecido de una de las maneras posibles, o sea revirtiéndose contra mí mismo.

Así estábamos, avanzando a paso lento por el jardín. Yo sabía que la visita estaba por concluir, o más bien que tarde o temprano en algún momento de esa tarde iba a acabar, y me resultaba igual que ocurriera en esos instantes o en las horas siguientes. Era mi voluntad sometida a la propia insensibilidad, especialmente arrullada por las inescrutables palabras de Baroni. En un momento se me ocurrió pensar que ella en realidad lanzaba pedidos de auxilio, y que la causa de esa voz debilitada radicaba en el tiempo prácticamente infinito sin ser oída desde que había comenzado a dar sus gritos. Como se dice, años de amargura e incompreensión. Similar a esos seres aplastados que sólo precisan de alguien que los salve, pero a lo mejor no encuentran a nadie, así se les va acabando el tiempo y la voz. Según esta ensoñación, yo era una de las últimas posibilidades de Baroni, ya casi no le quedaba nadie por conocer porque vivía apartada, en una de esas viviendas escondidas en los barrancos, invisibles desde la carretera, por la que pasaba de todos modos muy poca gente. El esfuerzo por articular alguna frase audible estaba más allá de sus propios límites, exponiéndose a la postración definitiva, la vida condenada a transcurrir sin rescate ni salvación. Así, yo veía con estupor cómo se ponía en puntas de pie para hablarme, y cómo estiraba su cuello de forma sobrenatural para acercarse a mi oído, lo cual tampoco servía de nada. Me sentía culpable de estar tan sordo y no poder ayudar. Ahora bien, yo arrastraba mis propios problemas, el mencionado adormecimiento era prueba de ellos, por lo tanto no sabía si mi dificultad para entender se debía a sus condiciones o a mi estado, cuando sin embargo resultaba claro que no había mucho misterio: lo que ella reclamaba estaba más allá de lo que dijeran sus palabras, por lo tanto mi comprensión no pasaba necesariamente por ellas.

O sea, estábamos frente a un problema. Me acordé de la salvación que había protagonizado Baroni, cuando rescató al hombre ahogándose en las aguas de la quebrada, como seguramente explicaré más adelante. Ella no se había hecho demasiadas preguntas frente al peligro, había decidido actuar como le dictaba su

naturaleza, su conciencia práctica o lo que fuera. Y en contraste, yo pensaba en las señales y los pasos a seguir según unos protocolos demasiado lentos y en especial inútiles. Es verdad que lo suyo había sido un sueño; no obstante, estaba modelado como si fuera un trance real. Ésa era nuestra gran diferencia, y acaso la razón última de que yo no pudiera ayudarla. Para Baroni no siempre había una verdadera distancia entre realidad y fantasía; y yo empeñaba mi tiempo, todos los días, en discriminar lo verdadero de lo falso, con el problema adicional de quedarme siempre del lado de lo irresuelto. Nada tenía demasiada entidad para ser verdadero; hasta lo más crudo y material, lo más definitivo, se representaba como provisorio, o en todo caso circunstancial o, aún más complicado, débil e informe: podía darse el caso de que la realidad fuera irreconciliable con la fantasía, pero aun así se terminaría plegando a la sucesión, y con ello al olvido, que es una forma de ilusión. ¿De qué sirve la verdad si no perdura? Ésta era una pregunta que, según sentía en ese momento, podía aplicar a todo lo conocido, tanto general como privado, tanto lo inmediato como lo menos cercano. Encontraba la verdad no solamente débil, sino también maleable, apocada y frágil: en este punto se traducía como fantasía. Una parte de los detalles de cualquier cosa dejaban de ser ciertos, o eran redundantes o insuficientes, y enseguida se producía la equivalencia, la traducción, y con ello la verdad se diluía.